60 AÑOS DEL 17 DE OCTUBRE DE 1945. REBELION O ALUVION

El día mítico de los obreros peronistas

El 17 de octubre significó la incorporación definitiva de los trabajadores al escenario de la política argentina. Fue mitificado por sus partidarios y satanizado por sus detractores. Su relato fue la matriz cultural de una identidad de masas, la mayoría de cuyos rasgos persisten después de varias generaciones, y todavía hoy promueve al debate.



Escriben:
Roberto Baschetti, Luis Bruschtein, Nicolás Casullo, Horacio González, Juan Sasturain y Mario Wainfeld



Los primeros sones de la ópera

POR MARIO WAINFELD

El nuevo proletariado fue el protagonista indiscutido de ese día. Aparece como el trasfondo de la relación Perón–Evita, Perón y el poder, Perón y el pueblo en un guión emotivo, operístico. Y fue un día fundacional.

No es verdad que el tiempo define de modo inapelable las polémicas históricas y, por añadidura, no hay debate que se salde por unanimidad. Esto dicho, cabe asumir que el peronismo (a los 60 años de su edad) sopla las velitas asistiendo a una aceptación bastante vasta de sus lecturas básicas sobre personajes o momentos estelares.

Eva Perón es honrada en los mausoleos de muy surtidos imaginarios, donde sus rasgos más virtuosos prevalecen sobre sus defectos o desmesuras.

El reciente medio siglo de la Revolución Libertadora fue tratado muy ampliamente, con una lectura promedio lapidaria para los insurrectos. Un promedio que incluyó voces "políticamente correctas", insospechadas de pertenencia peronista. Y que confinó a un ghetto muy estrecho, con penetrante olor rancio, a las tradicionales exégesis gorilas.

El 17 de Octubre –que produjo mucha más irrigación de tinta y de bilis que de sangre– va en el mismo camino. Un consenso, hummm..., hegemónico se inclina a traducir que fue el pueblo (o como poco una vasta expresión del proletariado) el sujeto esencial de la jornada.

La existencia de manipulación desde el gobierno es una hipótesis abandonada. Y la discusión acerca de si la movilización fue espontánea o bien organizada por sindicatos afines a Juan Domingo Perón conserva sólo pertinencia académica. Es valor asumido que la movilización fue auténtica, hecho corroborado por décadas de historia ulterior que invalidan ex post a cualquier contrafactual. Personajes seductores para la especulación o para la denuncia, como Cipriano Reyes, supuestos demiurgos de lo que pasó terminan en un desván similar al del quinto beatle. Alguien que pudo ser, que acaso pintó durante un rato, pero que en la herencia de la memoria, no fue.

Era no más, relee una mayoría transversal, "el subsuelo de la patria sublevado", como supo ver Raúl Scalabrini Ortiz en un texto canónico. Eran no más, como describió con precisión profesional el susodicho ingeniero, "el peón de tambo de Cañuelas, el tornero de precisión, el fundidor, el mecánico de automóviles, el tejedor, la hilandera y el peón". Muchas pinturas de época aluden a un conjunto variado y complejo, pero el fresco de Scalabrini y las contadas imágenes fotográficas o filmadas propician otra conclusión. Eran hombres (muy mayoritariamente) y mujeres oriundos en muchos casos de las mismas provincias, domiciliados en los mismos suburbios, con trabajo fabril, retribuidos con una banda salarial que no habría de ser muy ancha. Seguramente eran tomadores de mate, jugadores de truco y tendrían un menú familiar muy semejante. Vestían muy parecido y casi todos depositarían su fe en el mismo relato acerca de Dios y de la Iglesia que mejor lo interpretaba. Eran una clase social de cuerpo presente. Vista desde hoy, desde una sociedad fragmentada, llama la atención su enorme uniformidad en lo tocante a lo cultural y a los intereses materiales.

"Queremos a Perón", coreaban y puede otorgarse retrospectivamente a la frase una mínima polisemia. "Querían" tener cerca a Perón, en ese balcón que estaban fundando sin saberlo. Y lo querían, tout court, con una pasión que (eso sí) sigue sin gozar de la comprensión (a menudo ni de la compasión) de los que no fueron peronistas.

Lo querían de corazón (lo siguieron queriendo tozudamente por décadas), pero no les faltaban motivos para amarlo con la billetera. Enrique Silberstein (un economista brillante, cazurro, buen divulgador, un jauretcheano olvidado en tiempos de revival) aseguraba en los '70 que "Perón seguía siendo Perón" por la economía de sus primeros tiempos de gestión, aquellos de la autocracia militar. Lo demás, las tres presidencias, serían retoques, sintonía fina, detalles. Aunque no se coincida plenamente con ese diagnóstico terminante, es cierto que la base de lo que sería el mejor saldo del peronismo estaba. Cuando transcurría ese octubre, muchos cambios (¿se puede decir sustentables?) habían advenido. Y los sublevados, con pituitaria irrefutable, husmeaban que estaban en riesgo si se corría de escena al líder que estaban pariendo.

Este, cuentan documentos históricos, no estaba tan persuadido. Hay una carta notable que le envió a Evita el 14 de octubre, que Félix Luna reprodujo en facsímil en *El 45*. Por hacerla corta, el hombre se da por vencido, por traicionado y le propone a quien nomina "tesoro adorado", "chinita", "viejita de mi alma", un futuro en pantuflas, con casorio formal incluido. El Coronel especula sobre su retiro, sobre una jubilación que en algún sentido era de privilegio, pues era un beneficio que los trabajadores recién empezaban a incorporar masivamente a su patrimonio. ¿"Quería", preso en Martín García, ver a la multitud como lo haría horas después? Su manuscrito faculta a suponer que no lo quería o, por decir algo más preciso, que no lo juzgaba posible. Pero esa pregunta íntima, fascinante para la crónica y la pintura subjetiva, es hoy irrelevante para la historia. A la hora de la hora, vaya si lo quiso y allí estuvo.

Hay un tópico perdurable en los boleros o los tangos que es aquel de interrogarse si existe reciprocidad en la pasión o si hay uno que ama y otro que se deja amar. Perón, mucho más que Eva cuyo fuego parece innegable, autoriza esa duda. Como fuera, vaya si se dejó querer.

El 17 de Octubre, propone Gabriel Lerman en un sugestivo libro reciente (*La Plaza política*), fue la irrupción de los plebeyos, de la chusma en la Plaza de Mayo. También comenzó una perdurable tradición peronista, la de formidables escenas de masas en tensión con su líder. Escenas melodramáticas, emocionales, operísticas cabría decir, por mentar un género pretensioso de raíz popular. Operísticos serían, por mencionar apenas los más formidables, el renunciamiento de Evita, los dos regresos a Ezeiza (el de la gesta y el de la masacre), la expulsión de los jóvenes maravillosos, el adiós de Perón mentando a la más maravillosa música. Operísticos, desmesurados, con personajes bien demarcados, transidos por el odio, el afecto, el llanto, el rencor, la impotencia. Leonardo Favio viene sabiendo como nadie entender y versionar el sentido dramático (stricto sensu, teatral) de esa saga de decisiones irrevocables, de sentimientos potentes, en las que no se racionaron las lágrimas, los gritos, las desmesuras. El *Juan Moreira* y el *Gatica* lo expresaron de modo más o menos figurado o metafórico. La torrencial *Sinfonía de un sentimiento* se asoma a un registro documental pero sin resignar los timbales, los bronces y los vibratos.

Fue, como cuenta la leyenda, una tarde tórrida. El Servicio Meteorológico registra una máxima de 30º7, inusual para octubre. Pero el calor fue sobre todo humano, el subsuelo sublevado era una losa radiante. El Coronel que pensaba en el retiro lo olvidó para siempre. Se encaramó al balcón, miró para abajo (él era un poco de mirar para abajo) y vio (no pudo no ver) la base social para un modelo de país. Pronunció palabras no memorables, reenvió a sus respectivas casas a los sublevados que venían del trabajo. Fue el primer cuadro de la ópera que se prolongó por añares. Alrededor de tres décadas, sea que se mida hasta la muerte de Perón en junio del '74 o hasta el rodrigazo sucedido sólo once meses después.

Un saldo extendido propone que fue una gesta popular, auténtica y fundante. La pasión fue uno de sus ingredientes la teatralidad, otro. También había datos más tangibles en juego. El Estado benefactor más extendido y generoso de América latina, por empezar. Una de las distribuciones de ingresos más equitativas del mundo capitalista, para agregar. La famosa torta de ingresos dividida en mitades, tan luego.

En tiempo en que la política no consigue ser pasión de multitudes, recordar esas jornadas masivas y melodramáticas da un poco de melancolía. Y pensar en la torta partida al medio, sencillamente, descoloca. Conseguir algo parecido sería una revolución. O, por expresarlo con rigor, exigiría una.

EL RELATO MITICO CON LOS RASGOS QUE FUNDARON AL PERONISMO

La toma de la plaza y el balcón

POR LUIS BRUSCHTEIN

"Sin galera y sin bastón, lo queremos a Perón", gritaban las columnas obreras el 17 de octubre de 1945. Evita en los barrios, más los puentes levantados y los obreros cruzando el Riachuelo. Las patas en la fuente y el Braden o Perón. El diálogo de Perón desde el balcón con los trabajadores en la plaza. Película de Kurosawa, o guión de ópera grandilocuente, el relato-mito existe más allá de la precisión académica y las cosas que pasaron ese día, las que se inventaron, las que se hicieron conscientemente y las que salieron de casualidad conformaron a partir de allí la cédula de identidad del peronismo que pasó a ser la identidad política de masas más importante de la Argentina.

La participación de una Evita mítica el 17 de Octubre es en realidad discutida entre quienes juran que la vieron y otros que lo niegan. Otros dicen que la exaltación del papel de Evita disminuye el protagonismo de Perón o de otros dirigentes. Es la imagen inflamada de Evita que recorre los barrios, agita a las masas para la huelga general, para la movilización, para liberar a Perón. A partir de allí Evita ocupó siempre ese lugar, formaba parte de la cultura peronista que Evita fuera así y que la imagen de Perón estuviera más en la reflexión y la estrategia.

La oligarquía como enemigo de clase para trabajadores recién llegados del campo u obreros de los frigoríficos, el gremio estratégico en ese momento. Y en su imaginario, la representación de los estereotipos de *Caras y Caretas* de los años '30, del ricachón panzón con levita, bastón y galera, los Patrón Costa, Anchorena, Braun Menéndez o Martínez de Hoz. La oligarquía conservadora en ese lugar del enemigo, más que la burguesía que despuntaba, que debía ser seducida o que incluso participaba en parte.

Algunos dicen que los puentes estaban cerrados, pero que los abrieron en seguida. Otros dicen que estuvieron levantados todo el tiempo. Porque esa imagen heroica, contada y vuelta a contar, de los obreros metidos en el Riachuelo era un componente necesario para el relato. Es probable que haya sucedido, o que sólo algunos grupos hayan tenido que hacerlo así. Pero la trama de ese día que se reconstruye para sostener el discurso del peronismo naciente le otorga un lugar preponderante. La metáfora de los puentes levantados y los obreros bregando para pasar a la Capital, al centro del poder político y económico, es la de la irrupción de la nueva clase trabajadora en los espacios de decisión. Es la metáfora de la incorporación definitiva de un nuevo protagonista al escenario político.

> En el relato de ese día se van sumando los rasgos culturales que serán fundacionales del peronismo naciente. Evita inflamada en los barrios, las masas movilizadas, Perón en el balcón, la oligarquía, el imperialismo y los gorilas.

Y las patas en la fuente, que fue la foto más conocida, que hizo clamar a conservadores y opositores en general, que los hizo hablar del aluvión zoológico, todos dicen que en realidad fue nada más que eso: la gente que quiso refrescarse los pies después de una larga caminata. No hubo intención de desafío. Fue simplemente sentarse con las patas en el agua. Y ese gesto inocente, necesario, se convirtió en imagen de rebelión, de transgresión desafiante de la plebe. Después de algunos años, esa gente sentada con los pies desnudos y los pantalones arremangados era como si estuvieran metiendo las patas en la barriga del poder. Un acto natural que aparecía obsceno, indebido y maldito cuando en realidad es una postal tranquila, no hay rabia en los rostros, sino alivio. Lo real es que aunque los obreros fotografiados no lo supieran, se estaban metiendo donde no debían, estaban alterando el orden social de la época. Es más verdadera la metáfora que el hecho en sí.

El Braden o Perón fue el otro condimento. Spruille Braden ya se había ido y en la embajada estaba su amigo John Moors Cabot. Pero Braden estaba ahora a cargo de la política de Estados Unidos para América latina. Perón se había beneficiado con su enemistad, había crecido en la consideración del pueblo cada vez que Braden lo atacaba. Para Braden, Perón era nazi, tiránico y además influenciable por el expansionismo soviético. El pasaje de la Segunda Guerra hacia la Guerra Fría se expresaba con claridad en el esquema de Braden, al igual que la transición de la hegemonía británica hacia la norteamericana. Braden y la conspiración desde la embajada norteamericana se incorporan al relato del 17. Algunos obreros gritan Braden o Perón, el imperialismo como protector de la oligarquía, el que manda a los opositores, el enemigo externo que apaña al de fronteras adentro.

Y falta el último elemento, que se convertirá en la propuesta de una utópica democracia asamblearia, de diálogo sin intermediarios entre las masas y el dirigente. El balcón y la plaza. El presidente y su ministro de Guerra, los generales Edelmiro Farell y Eduardo Avalos no saben cómo hacer para parar la protesta de los obreros que llegan a la plaza. Finalmente liberan a Perón y arreglan la próxima convocatoria a elecciones. Perón tiene que hablar a los trabajadores y explicarles que la situación se ha arreglado. Y sale al balcón, que desde ese instante se incorpora a la liturgia peronista. Perón habla y la muchedumbre le contesta, comienza un diálogo que se repetirá en todos los actos de Perón en los 30 años siguientes. Perón desarrolla una mecánica del discurso-diálogo que casi ningún otro dirigente alcanzará a dominar como él.

Básicamente, el relato del 17 de Octubre está completo; sus componentes ordenan el propio discurso del peronismo, conforman una matriz cultural que a lo largo de los años será retomada una y otra vez en miles de variantes, se enriquecerá o empobrecerá, la usarán para discursos revolucionarios y hasta conservadores, pero esos rasgos serán la envoltura que los contendrá a todos y habrá decenas de interpretaciones y recreaciones. El relato del 17 de Octubre, lo que sucedió, lo que se le agregó y lo que se subrayó estaba subyacente en un proceso previo en el seno de la sociedad, en el desarrollo del movimiento obrero y sus experiencias de lucha, en sus orígenes culturales, en la evolución de los procesos económicos y las formas del poder político, económico y militar. Es poco lo que se inventó. Y en todo caso, esos aspectos también fueron coherentes con el desarrollo histórico.

Amplios sectores de la izquierda, socialistas, anarquistas y comunistas se sumaron porque vieron esa continuidad. Pero otros, en vez de ver continuidad, lo interpretaron como ruptura y lo enfrentaron. Prefirieron aliarse a los grupos de poder conservador antes que aceptarlo. Y así surge el gorilismo. Todo es preferible, incluso un gobierno conservador o militar, antes que el peronismo. La crítica más furiosa es a los aspectos culturales del peronismo y se relegan sus acciones o se rechaza cualquier acción, aunque sea positiva, porque esos rasgos culturales no tienen la forma o la envoltura que deberían tener. En grandísima medida, el peronismo fue así porque la clase obrera era así, es absurdo pensarlo de otra manera. Por lo que el ataque virulento a esos rasgos culturales se terminó convirtiendo en una crítica de clase.

Eso explica también la asombrosa permanencia del peronismo tras varias generaciones como identidad de masas, pese a que los contenidos nacionales y populares de sus estructuras políticas fueron vaciados a lo largo de los años. Los peronistas pueden votar a otros candidatos y al mismo tiempo mantener una identidad que ya representa más a un sector social que a un partido o movimiento político. La misma base de todos los movimientos piqueteros es peronista, más como identidad cultural que política.

Sin embargo, pensar que los procesos sociales llegan a un punto y se congelan sería negar la realidad. Tampoco esa identidad es inmutable, pero su factor de transformación está atado centralmente a la construcción de un proyecto político que la contenga, lo que no sucedió hasta ahora. Desde el no peronismo se visualiza la sobrevivencia de esa identidad de masas como un obstáculo para el surgimiento de esa nueva opción y redoblan su discurso antiperonista. En realidad, la permanencia de esa identidad no es obstáculo ni estímulo, simplemente es así. Es la expresión cultural, los rasgos que definen a la gran mayoría de los sectores populares en Argentina. La dificultad está en visualizar esa diferencia entre una identidad de masas y las estructuras políticas del justicialismo que han agotado su potencialidad transformadora. Esto resulta obvio con el menemismo, pero ni aun la expresión ortodoxa, más fiel al '45, alcanza hoy para interpelar a la sociedad, asumir sus expectativas y formular un nuevo proyecto. Argentina y el mundo han cambiado. El 17 de Octubre no ocurrió para gestar una identidad de masas sino que fue el comienzo de un proceso político popular que formuló esa identidad. Con el tiempo se perdió el contenido, pero quedó la identidad que, como define a la mayoría de los sectores populares, debería ser ahora uno de los afluentes principales de una nueva formulación política. Sería interesante adivinar cómo sería el relato mítico del 17 de Octubre desde esa nueva perspectiva.




EL AUTENTICO PUEBLO ARGENTINO EXPRESA SU SOLIDARIDAD CON PERON

DECRETARON LA HUELGA POR 24 HORAS LOS TRABAJADORES DE TODO EL PAIS

La Epoca 10 CTVS.

TRAIGO LOS PUÑOS LLENOS DE VERDADES.— SARMIENTO

¡ALTA TRAICION!

Declaración de la C. G. T.

AHORA LOS EXPULSA EL PUEBLO

El pueblo reclama libertad y justicia

S. O. S.
¡TRABAJADORES ARGENTINOS! ¡RADICALES YRIGOYENISTAS! ¡AMIGOS DE "LA EPOCA"!

No abandonarán las conquistas

Establecimientos en huelga

MENSAJE DE "LA EPOCA" AL PUEBLO ARGENTINO

Realizan Mañana la Marcha de la Verdad

EL CNEL. PERON SE ENCUENTRA DETENIDO EN EL HOSPITAL MILITAR. "LA EPOCA" ANUNCIARA SU LIBERTAD CON UNA EDICION ESPECIAL

EL 17 COMO LECTURA DE DOS TEXTOS DE SCALABRINI ORTIZ Y MARTINEZ ESTRADA

"La inocencia densa de los que marchan en busca de lo suyo"

POR HORACIO GONZALEZ

"Un buen autoexamen de esos mitos lejanos y rasgados podría ayudar a comprender mejor los sordos debates de actualidad en la fuerza política portadora de aquel mismo nombre", señala Horacio González, para quien el 17 de Octubre era un suceso que "solicitaba descolocaciones y recolocaciones".

Ya sabemos que no llovía, ni había paraguas; nadie repartió cintitas. Pero había patas en la fuente. Leónidas Lamborghini convirtió esa expresión, que sale del trasfondo alegre de una profanación, en sutil materia poética. Lo hizo en un poema que primero llamó "El solicitante descolocado". ¿Quién es esa figura que solicita y se descoloca? ¿Qué es ese ámbito que reclama y se trastorna? ¿Cómo se ejerce la solicitud y el desamparo al mismo tiempo?

Así pareció forjarse el peronismo de aquel 17 de Octubre, mes pleno. Ya venía amparado en los lejanos sucesos de la Rusia del '17, lo que muy pronto permitió que Jorge Abelardo Ramos mostrara el trocadillo máximo de la "izquierda nacional" en los años sesenta: Octubre del 17 y el 17 de Octubre. Esto quiere decir que el 17 de Octubre era un suceso que solicitaba descolocaciones y recolocaciones. Se presentaba como un hecho conjugable en todos los tiempos verbales, de un pasado que podía arrastrar y de un futuro sobre el que se podía derramar. Parecía contener esa fuerza –esa solicitud– con la que se abrían las aguas de una historia común.

No existía entonces la expresión o el vocablo "parteaguas", que hacia los años sesenta –segunda vez que los mencionamos– designaba un corte en la historia. Pero todo lo que muy poco después o con el correr del tiempo se escribió sobre el 17 de Octubre merodea sobre la idea de parteaguas. La usaba la izquierda; estaba en la Biblia. Sintió el parteaguas Leopoldo Marechal, que vivía un momento delicadísimo en su vida y que, asombrado, bajó momentáneamente de su departamento en la calle Rivadavia. Lo sintió Jauretche, que escribió que mirando pasar la muchedumbre por la Avenida de Mayo, se congratulaba de que no lo reconocieran. Eran gentes nuevas, garantías de inicio. Era un sentimiento de gozo y orfandad al mismo tiempo. Jauretche preanuncia el solicitante descolocado de Lamborghini.

Scalabrini Ortiz escribió y describió rápidamente el Mito, si un mito es la cualidad de congelar todos los elementos de la naturaleza, del cielo hasta el subsuelo, y aun así convertirlos en letanía. "El sol caía a plomo en la Plaza de Mayo cuando comenzaron a llegar las primeras columnas de obreros". Hay que escuchar ahora la locución y las imágenes que propone Leonardo Favio en su película *Sinfonía de un sentimiento* en torno de este texto clásico, para comprender que el 17 de Octubre, hacia los años noventa, sólo podía subir una escala más en dirección hacia la excelsitud solicitante y descolocada. Favio no desea descolocar tanto, es macizo y entero. Pero cuando les quita a los episodios octubrinos toda densidad temporal y los purifica con la catarsis de un auto de fe cristiano, lleva a Scalabrini adonde éste quizás no quiso: hacia un misal de teología política prístina y arrasadoramente descolocada.

Hágase la prueba de mirar una foto bien conocida. Un conjunto de manifestantes, el día 17 del mes de octubre, avanza por Hipólito Yrigoyen –creo que hacia esos años todavía se llamaba Victoria–, vestidos de overoll. Se destaca un niñito tocando un tambor pequeño. No hay, todavía, bombos. Los bombos son instrumentos pesados, murguísticos, tardaron en encajar en el severo mundo fabril y laboral de entonces, mundo de socialistas, de comunistas o mundo como el que traía un Cipriano Reyes con su evangelismo social de reparación. Había reluctancia a lo que después y sólo mucho después se vio favorablemente como cierta carnavalización de la política. Volvamos a la foto; en ella luego vienen figuras adultas, con paso decidido, saben lo que quieren, o por lo menos adónde van, lo que en materia fotográfica es casi lo mismo. ¿De cuándo es esa foto? Sin duda de algunas de las primeras conmemoraciones del 17. Quizás de 1946, del '47. ¿Del '48? Uno de los manifestantes ya porta un cartel con Perón en pose de presidente, si es que se ve bien. Es una foto dentro de la foto. Tomados en un momento colectivo de la marcha, con pies sueltos en el aire antes de apoyarlos en el pavimento, parece *La ronda nocturna* de Rembrandt. ¡Qué dije! Esa es la pintura que representa el inicio del espíritu nacional holandés. El pintor capta justo el momento en que el burgomaestre, los comerciantes y los vecinos munidos de portentosos arcabuces se ponen en marcha para su tarea de vigilancia. No es rondín policial, es la marcha fundadora de la ciudad. Burguesía mercantil, desde luego. Cuando los nazis invadieron Holanda, una de las primeras cosas fue enrollar la tela y dejarla a buen recaudo. De ella, o de una meditación sobre ella, también partiría la resistencia contra el nazismo. Rebájense algunos cambios, como se dice ahora, los cambios que sean. Pero en los obreros argentinos que hacen flamear el mameluco, dirigidos por el decidido y pequeño tamborillero –que si vive hoy tendría unos setenta años, ¿qué vida habrá hecho?–, hay algo de ese fulgor colectivo. Un peronismo desconocido hoy. Esa foto lejana, volátil, resistente, quizás sea algo que es anterior a los nombres, probablemente sea la inocencia densa de los que marchan en busca de lo suyo.

Pero la historia precisa nombres, banderas, designios. Peronismo, entonces. Un peronismo escrito, lleno de apotegmas, veredictos y enumeración de verdades en número de veinte. Había una vocación de fijar las cosas pero ciertamente no había, no tenía porqué haber, una vocación de saber qué iban a significar esos hechos así fijados desde el punto de vista de la conciencia pública y de las prácticas sociales. Entrar en ellos, surgir de ellos, salir o no de ellos se convertiría en una verdadera ronda nocturna de la política nacional, materia hasta hoy de debate y desgarro. El peronismo, se diría, es más libremente iconográfico que las libertades que encuentra en el mundo de los textos. Aquí está solidificado en un bosque de citas, sentencias, aforismos. "Apotegmas", ya escribimos antes esa palabra. Es palabra griega, aristotélica, de la que gustaba Perón.

Pero alguien, probablemente su máximo enemigo, de mayor calidad de lo que supo serlo Borges, Ezequiel Martínez Estrada, escribió con profunda justicia sobre el 17 de Octubre. Sin apotegmas. Solicitante y descolocado. Como Scalabrini, Martínez Estrada parte de un subsuelo sublevado, pero en este caso no está compuesto por indumentarias míticas ("venían con mamelucos pringados de grasa"), ni por enigmas territoriales ("bajaban de las Lomas de Zamora") o por descendencias del crisol de razas ("venía el rubio obrero de campo y el aindiado peón textil de Barracas"). No, el escrito de Estrada parte, como todo en él, del hecho de que lo real histórico baja de los textos más terribles que en un tiempo anterior anunciaban lo que pasaría. No sería éste un buen enfoque sociológico o historiográfico, lo sé. Para eso, hay que leer al buen Daniel James, a Plotkin, a Senén González o al más reciente Diego Lerman. En vez, Martínez Estrada, al estar más allá de la materia histórica, investiga los fenómenos sociales en las raíces últimas del lenguaje. De los demonios del lenguaje podríamos decir. Por eso el 17 "desciende de dos textos".

Los que venían hacia la cita del 17 avanzaban a partir del *Facundo* de Sarmiento, y entonces eran "los demonios de la llanura con dagas de matarife en la cintura", e infundían espanto en los barrios ricos porque "venían a reclamar lo suyo". Pero también avanzaban a partir del Himno Nacional, eran "el pueblo del himno", aquello que no se había sabido ver. Tanto Scalabrini Ortiz como Martínez Estrada (no hay diferencias mayores entre ellos, ¿no es cierto?) recalcan el elemento textual, la trama de voces enlazadas por la literatura. ¡Pero ambos son autorreferenciales, como se suele decir! Scalabrini remite el 17 de Octubre a su anterior *Hombre que está solo y espera* (¿tal metafísico Hombre estaba esperando eso?) y Martínez Estrada a su *Radiografía de la pampa*, escrita por lo menos una década antes. Los muchachos del 17 emergían de allí, eran tanto del coronel como de ellos o del fotógrafo que esa tarde de la segunda mitad de los cuarenta, estampó rembrandtianamente esa subidita desde el Bajo hacia la plaza. De este modo, Martínez Estrada escribe sobre la base del miedo y del derecho social emancipador que fundan el 17 de Octubre. Dice lo peor y lo mejor del 17, en una misma y excepcional carilla de su libro *¿Qué es esto?*

Octubre: ***Jorge Abelardo Ramos mostró el trocadillo máximo de la "izquierda nacional" en los años sesenta: Octubre del 17 y el 17 de Octubre.***

Ahora bien, sé perfectamente que la vida, el mundo, las cosas y las personas –la historia, desde luego– no se derivan del mero texto, del icono o la fantasía poética. Pero sin ellas, no viven la vida de la historia. Decimos peronismo al intento de darle palabras propias a esta ramificada incursión en el destino colectivo de las palabras antiguas. Si hay destinos, piensa el peronismo, mejor traduzcámoslo nosotros en términos de doctrina y retahíla popular. Creo que así surgió el primer peronismo, disputando texto e interpretaciones sobre el 17 de Octubre. Vio pocas fotos, escuchó menos a los grandes escritos que hablaban de él, incluso oficialmente no gustó de los mitos que habían forjado un Scalabrini o un Martínez Estrada. Obvio en el caso de este último, no tanto en el caso del primero. Creyó que –más allá de si a favor o en contra– podía pasarse sin ellos. Lo único cierto es que un buen autoexamen de esos mitos lejanos y rasgados podría ayudar a comprender mejor los sordos debates de actualidad en la fuerza política portadora de aquel mismo nombre.







TODOS LOS AÑOS A PARTIR DEL ’45

Los otros 17

Tras el primer 17 de Octubre, la fecha se convirtió en un hito del peronismo. Durante el gobierno peronista asumió la forma de celebración oficial. En la resistencia se convirtió en día de lucha y protesta.

POR ROBERTO BASCHETTI *

La Argentina de principios de la década del ‘40 ha cambiado su perfil social y económico. A partir de la crisis mundial de 1939, el país agrícola-ganadero va dejando un espacio obligado que es ocupado por la actividad industrial. Es el fenómeno que se conoce como “proceso de sustitución de importaciones”. Las industrias comienzan a suplantar las importaciones y desarrollan una dinámica interna propia que las convierten en competidoras del hasta por entonces indiscutido poder agropecuario. Y esas industrias, como es lógico, necesitan mano de obra. Nace así un proletariado industrial que constituirá la consecuencia social más importante de este proceso. Los que despectivamente serán señalados como “cabecitas negras” –desocupados del campo que emigran a la ciudad– serán la gran mayoría de los obreros de esas medianas, pequeñas y grandes fábricas que se van instalando. Estos hombres y mujeres, por el lugar que ocupan en el proceso de producción y por su condición nativa, serán la base del peronismo insurgente en 1945.

El 17 de Octubre

A 60 años del 17 de octubre de 1945, fecha en que las masas obreras rescatan a Perón del confinamiento y el olvido, parecería que todo ya se ha dicho al respecto. Infinidad de libros y trabajos sobre el tema así la certifican. Sin embargo poco se dice, porque poco se sabe, de uno de los dos sujetos centrales, protagonistas de esta historia: el pueblo. Lo real, lo concreto, lo visible es que la gente sale a la calle a pedir por Perón y triunfa en su demanda, ante todo un sistema político y social, un establishment más que confundido que no sabe de dónde salió esa “chusma” (como la denomina despectivamente), que nada tiene que ver con el modelo de obrero “ciudadano”, pulcro y atildado con el que está acostumbrado a tratar. Al respecto, basta con leer la portada del diario opositor *Crítica*, cuando con un título destacado expresa: “Grupos aislados que no representan al auténtico proletariado argentino tratan de intimidar a la población”. Un sagaz Raúl Scalabrini Ortiz pondrá las cosas en su justo término: “Frente a mis ojos desfilaban rostros atezados, brazos membrudos, torsos fornidos, con las greñas al aire y las vestiduras escasas, cubiertas de pringues, de restos de brea, de grasas y de aceites. Llegaban cantando y vociferando unidos en una sola fe (...) Venían de las usinas de Puerto Nuevo, de los talleres de Chacarita y Villa Crespo, de las manufacturas de San Martín y Vicente López, de las fundiciones y acerías del Riachuelo, de las hilanderías de Barracas. Brotaban de los pantanos de Gerli y Avellaneda o descendían de las Lomas de Zamora. Hermanados en el mismo grito iban el peón de campo de Cañuelas y el tornero de precisión (...) Era el subsuelo de la patria sublevado, era el cimiento básico de la nación que asomaba...”. ¿Y cuál era el grito que los hermanaba? Uno tan fuerte como un cañonazo y tan estentóreo como un rugido onomatopéyico: ‘¡Queremos a Perón!’. Y puedo seguir preguntándome: ¿Por qué Perón sí y otro no? Dejemos que dos protagonistas de esta historia lo cuenten con sus propias palabras. Josefa Buela para octubre del ’45 trabajaba en la fábrica de medias Minué. ‘Yo trabajaba en esa fábrica hasta los días domingo. Como era menor de edad, una vez vinieron los inspectores y para que no me vieran, los patrones me encerraron dos horas en el baño. Teníamos que limpiar los pisos y la heladera. Y si protestábamos, a la calle. El obrero no tenía derecho a ninguna queja; si levantábamos la voz nos hacían llevar por la policía. Cuando Perón se hizo cargo de la Secretaría de Trabajo todo cambió. El 17 de Octubre es imposible de describir: fue como si Dios hubiera bajado al balcón y nos hablara. Porque lo que Perón nos decía nos daba tanto estímulo para vivir que es imposible decirlo con palabras. El resultado fue que a ningún obrero, con él en el gobierno, le faltó comida, ni ropa, ni trabajo...”

Oscar Esteban Ubalde, con 20 años, trabajaba en la usina incineradora de residuos de Chacarita, ubicada en la calle Rodney entre Guzmán y Jorge Newbery. Cuenta: “Quemábamos basura todo el día en un horno grandísimo. Venían las chatas con la basura y la descargaban en una plaza. Yo tenía que rastrillarla hasta las bocas del horno. Yo era un pibe muy jovencito y no era muy lindo tener que estar allí empujando basura. Pero para colmo, después de laburar, no tenías agua caliente para bañarte, ni en invierno ni en verano. ¿Sabés lo que era bañarse con agua fría cuando salías del turno de 24 a 6 de la mañana? Cuando subió Perón pusieron el agua caliente y prohibieron el horario nocturno”.

El 17 de octubre de 1945, los trabajadores argentinos se introducen por primera vez y para siempre en la escena política nacional. Nada en nuestro país volvería a ser igual.

Los 17 de Octubre en el gobierno

Con el peronismo en el poder entre 1946 y 1955, el sentido del 17 de Octubre cambia, se transforma, se transmuta, inducido desde el propio gobierno. Esa épica jornada de lucha con picos de enfrentamiento y tensión entre los actores se vuelve, mito de por medio, en un “día de fiesta” que conlleva a una conmemoración obligada. El mito actúa como un ordenador de la historia y ofrece reglas de codificación y decodificación que permiten comprender el pasado y otorgar un sentido al futuro. De eso se trata. Hay una obligación de recordar el sentido, ya que las diferenciaciones y las complementariedades no están estratificadas ni solidificadas eternamente. En cualquier momento pueden originarse conflictos que tienen que ver con el reparto de poderes, prestigios y derechos adquiridos. De allí la importancia de renovar las significaciones, por medio de los ritos y las fiestas aniversarias. En esas liturgias de poder, el peronismo institucionalizado se festeja y se reconoce a sí mismo produciendo valores y normas sociales. En otras palabras: el movimiento revolucionario de un principio va dejando paso al movimiento ritualizado. Se cambia, se transforma la profecía inicial en mito fundador, es decir, que si bien todos los elementos del proyecto original persisten, lo hacen en función de principios ideológicos de legitimación de la institución. Los ideales se convierten en dogma, en motivo de un culto que une el presente a los orígenes a través de una repetición ritual de esos mismos orígenes (actos del 17 de Octubre y 1º de Mayo, aniversario de la muerte de Eva Perón, etc.).

Los 17 de Octubre en la resistencia

Con la caída de Perón en 1955, a través de un golpe militar oligárquico, vuelve a resignificarse, a reconstruirse toda la potencialidad revolucionaria del peronismo. Y los festejos aniversarios del 17 de Octubre, ahora desde el llano, mucho tendrán que ver con aquella impronta restituida por la resistencia popular. El primer 17 de estas características tendrá lugar a un mes y un día del triunfo de la “Libertadora”. Obviamente está prohibido cualquier acto y entonces los muchachos peronistas se mimetizan entre las paredes de Buenos Aires alterando las pintadas gorilas de “Cristo Vence” por las proféticas “Perón Vuelve”; basta para ello con dibujar una “P” sobre la cruz fijada arriba de la “V”. A continuación pasan los “comandos civiles” y “chicos bien” que al lado del “Perón Vuelve” escriben un lapidario “Muerto”. Pero si hay algo que al pueblo le sobra es ingenio y con tiza o con carbón al “Perón Vuelve Muerto” le agregan “de risa”. Entre 1955 y 1966 habrá dos tipos de festejos para “el 17”. La mayoría en la clandestinidad, con caños, pintadas, sabotajes y manifestaciones relámpago. La excepción fue durante el gobierno de Arturo Illia, cuando el pueblo pudo reunirse en una plaza pública para festejar la fecha. Plaza Once, cien mil personas, pasan una cinta magnetofónica. “Cuando se escuchó la primera palabra, ‘Compañeros’, en toda la plaza y sus alrededores, una multitud jamás vista en Buenos Aires enmudeció como un milagro. Un silencio que ponía la piel de gallina detuvo la vida. Y Perón habló desde Madrid, retomando el diálogo con su pueblo como la primera noche aquella, hace 19 años” (*Crónica*, 18 de octubre de 1964). La desconcentración estuvo signada una vez más por corridas, detonaciones, cristales rotos, automóviles volcados, heridos y detenidos.

La irrupción nuevamente, del desvencijado sistema democrático en 1966, trajo otras dictaduras militares y las mismas prohibiciones de festejo para la fecha fundacional del peronismo. Pero la creatividad popular no cedía un ápice. Para 1967, la fecha “17 de Octubre” pudo leerse durante horas en un amplio cartel luminoso intermitente colocado en lo más alto de un edificio ubicado en Córdoba y Cerrito de esta Capital. El cartel anunciaba rítmica y monótonamente la marca de guardapolvos “12 de Octubre”. Los muchachos de la JP sustituyeron el número 2 por el 7, generando el alboroto popular y el desconcierto de las fuerzas de seguridad. Era el comienzo de una nueva y larga lucha que concluiría con el regreso de Perón a la primera magistratura en 1973.

**Autor, entre otros libros, de* Documentos de la Resistencia Peronista (1955-1970).



POR NICOLAS CASULLO

"UNA PLAZA DE SIGNIFICADO ETICO-POLITICO ILIMITADO"

La historia partida

Es muy poco, o nada, lo que puede o falta decir de esa fecha mítica de octubre.

Sentenciar esto, en un primer párrafo, resulta generalmente la pequeña astucia del que cree tener algo más para enunciar traspasando el propio abuso de relatos, la propia carga explicativa que acumulan los anales. Creo que *aquel* 17 de Octubre, desde una extensa distancia histórica, devino ya biografía de sus propias representaciones: políticas, ideológicas, sociológicas, estéticas, documentales. Figuras todas éstas provenientes de una huella popular originaria que partió al país dos veces, y hasta ahora al menos para siempre. En un antes y después. En peronistas y antiperonistas.

Entonces: la representación de las representaciones de aquella plaza, de ese día, nos destina a internarnos en una suerte de posmoderna lectura del pasado. Por una parte, a una insorteable incursión en mundos narrativos apilados dentro nuestro que vuelven ilusoria la intención ensayística de separar nítidamente hechos de figuras imaginarias, el evento en sí de las escenas que se sucedieron incansablemente en medio siglo como siluetas y sombras de aquel quiebre nacional furibundo frente a la Rosada.

Pero a la vez, junto a ese extrañamiento de la historia lejana donde ya más que preguntarnos por la realidad nos preguntamos por lenguajes, por los relatos, por el mito que contó esas cosas junto, digo, a ese desvanecimiento de una Plaza colmada de octubre que debió ser tozudamente real allá atrás, persiste la conciencia, en el presente, de que todavía estamos vital y a la vez espectralmente en esa plaza. Desde una actualidad sustancialmente peronista-antiperonista, o populista-antipopulista como algo con una extraña lozanía rehecha.

Esa sensación de extranjería respecto de un antiguo tiempo de multitudes "subalternas" en aquella tranquila y provinciana ciudad sureña del '45 según Cortázar, y el sentir la pertenencia hoy a los ecos de aquel pasado que aún nos hospedan, ambas experiencias encontradas gestionan nuestra relación con aquella historia. En las dispares voces políticas e ideológicas del 2005, voces hoy camufladas, trajeadas, revestidas, academizadas, tonynegrizadas, neoliberalizadas, locutorizadas, moralinizadas, el país en realidad sigue discutiendo aquel hachazo de hace seis décadas como si hubiese sucedido un par de años atrás.

El peronismo, sus despojos, su "clientelismo", sus postperonismos, sigue siendo la línea de flotación última, resistente, de una idea de justicia del desheredado profundamente lastimada. Y a la vez, es lo popular en su rostro cabalmente insoportable para muchos argentinos. Digo: es aún como aquel 17, pero despanzurrado.

Peronistas de encontrados antecedentes, utópicos o delictivos. Gorilas anacrónicos y *aggiornados* de derecha e izquierda. Todos habitan

Desde una actualidad peronista-antiperonista, o populista-antipopulista, "persiste la conciencia, en el presente, de que todavía estamos vital y a la vez espectralmente en esa plaza".

ese cúmulo de representaciones políticas y culturales que allá en el fondo – entrevista apenas detrás de la vorágine de otras escenas nacionales– nos muestra la enigmática y borrosa imagen de una plaza el 17, y un *imprevisto*. Por más que hace mucho, demasiado, que su caudillo histórico y su clase trabajadora, y hasta sus apóstatas, son hoy sobre todo libros de investigaciones subsidiadas, tesis doctorales y ensayos para un buen verano.

El 17 de Octubre resultó el acto inmemorial para el peronismo. Apareció, desde la carga teológica que arrastra lo político, como aquello que antecede a la propia comunidad de los iguales, para constituirla *de-nuevo*. Por eso no pudo tener, después, otra forma que el ritual, la ceremonia, su reiteración, el festejo en cada equinoccio anual de primavera. Y más tarde el tiempo de la mala y larga noche, su interdicción eterna como culpa y castigo: la Plaza vacía, prohibida. Pero también, entonces sí, una Plaza de significado ético-político ilimitado y nunca entendido del todo por los inquisidores: las dictaduras no podían crear las suyas. Tampoco los gobiernos de democracias falseadas.

Precisamente, para la joven generación política de los '70 esa Plaza fue, por última vez, el camino hacia el mito. El descubrimiento "nacionalizante". (En la Argentina la nacionalidad precisó siempre ser un acto político, sumado a una frágil acta de nacimiento.) El desciframiento de que en eso consistía la política real en Latinoamérica: memorias selectivas, sabidurías de cocinas barriales, árboles de monedas de oro, jefaturas, caudillos, hombres leales y estigmatizados, muertos heroicos: y plazas redencionales. Complejidad cultural democrática rehaciendo lo social. Frente a eso, sólo la impunidad de dominio del liberalismo histórico, dueño del resto de los mitos, tótem y tabúes, puede permitirse lecciones de "racionalidad y calidad política" como un sobrante ideológico retórico de fin de temporada.

El regreso ético-político a la Plaza en mayo del '73, y luego a la Plaza del agonizante líder re-unido con las masas, agotó la propia energía histórica del hecho fundador. Esa torsión de la juventud militante de aquel tiempo en su sentirse mandatada –y actuante en nombre de– expuso, entonces sí, *la edad representacional de la Plaza*. Su pura presencia mítica como Plaza, rehabilitada para un mítico pueblo al que, como vanguardia, ilusoriamente se le devolvía su lugar de Inicio identificante. Y en la que, también míticamente, otra tarde acontecería la ida de la Plaza.

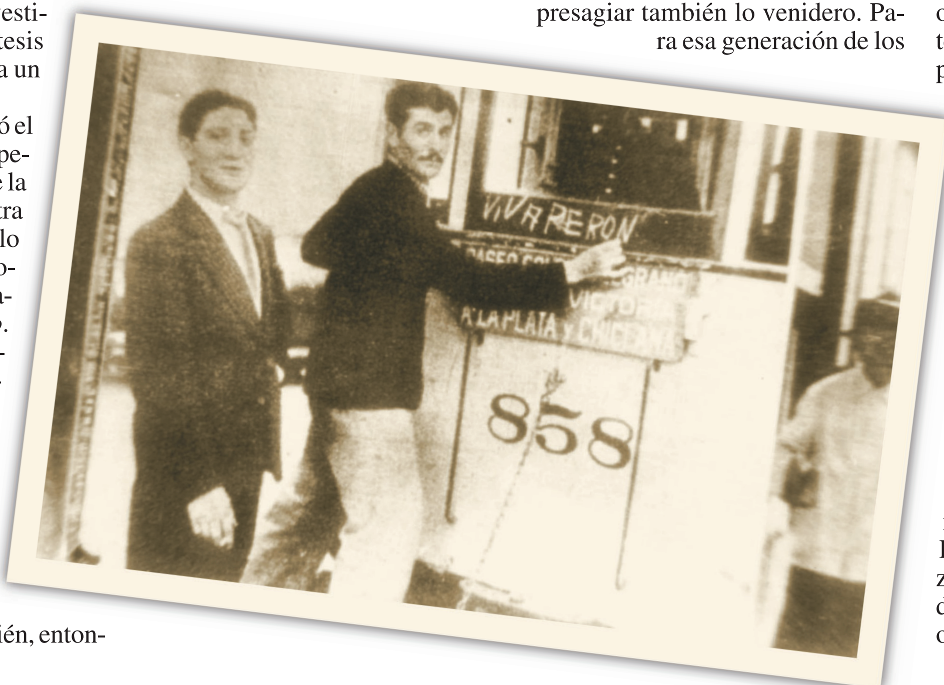
La alta carga estética contraída en esos acontecimientos políticos (más allá en este caso de la biografía de esa izquierda peronista con sus errores, violencias, militarismos y equívocos gruesos), nos habla de un largo tiempo histórico –1955/1973– donde la Plaza de octubre del '45 fue como un *molde invisible de sentido* –para ambos contendientes– respirando por debajo de las confrontaciones, conflictos y proscripciones. La Plaza del 17 fue una ausencia de lo presente. Fue una presencia de lo –en definitiva– siempre ausente, siempre irrepresentable en la política. Fue esa dimensión cultural donde los sueños y las idolatrías modernas fijaron la estetización de la política y la politización de la estética, como un gesto temerario y romantizador de la comprensión de las cosas. Lo mítico indispensable.

En fin: fue el drama de la política argentina, ininteligible para las ingenierías institucionalistas. Una Plaza del 17 que evocaba lo extinguido y a la vez nunca dejaba de presagiar también lo venidero. Para esa generación de los '70, fue su infancia. Aquellos tiempos de caravanas desde el suburbio, sindicatos, camiones, banderas, retratos, camisas blancas, bombos lejanos, "negrada": ojos escondidos espiando detrás de celosías, tías haciéndose la señal de la cruz.

Porque la Plaza de octubre desaparecida –después de aquella década– fue durante años y años imágenes de imaginarios, fotogramas fílmicos actuados, rememorados, desarchivados: desde *La hora de los hornos* de Solanas y Gettino hasta *Perón, sinfonía de un sentimiento* de Favio. Peronismo fílmico de la Plaza. Metrajes dispersos de películas de una plaza de cuerpos-masa, de masas-cuerpo situados hoy en el corazón del siglo pasado. Imágenes que fundieron y cruzaron plazas en blanco y negro, superpuestas, editadas, primeros planos, planos generales, plazas de montajes y moviolas, atemporales, producidas, reencontradas, restos, noticieros reunidos y copiados de aquel "una vez estuvieron" como cuerpos primeros, indistinguibles. Ellos, multitud, ojos alzados, cuerpos masacrados por bombas en la Plaza, frente y fondo de esa plaza cine, plaza documento, documental. Rostros infinitos ante Perón, ante Evita, para configurar lo alto y lo bajo de la Plaza, el frente y el fondo de la Plaza, el cielo y la tierra de la Plaza, los iconos y la gente de la Plaza, la mítica "clase" y el día y la noche y las antorchas. Como una jornada fílmica única de imágenes, de cuando la Plaza pasó a ser la representación de las representaciones, la inmensa estética de una Argentina irresuelta.

Llegamos al presente. Siempre se llega. Aquella Plaza de Octubre ha cesado. Las éticas políticas tienen sus particulares contextos históricos. Y las estéticas sus tiempos. Después estas últimas se vuelven pozos secos sin melancolías, donde la política debe buscar otras comarcas culturales, tierras húmedas. Quizá para las nuevas generaciones el fondo de época, el horizonte atrás que otorga sentido, sea también esa Plaza pero sin aquellas aclamaciones de masas del '45, sin aquella iconografía. Hoy tal vez ese espacio paradigmático sea el de unas Madres de fines de los '70 moldeando una pirámide en la Plaza. Las violencias y las muertes cuantiosas gestaron otras éticas nacionales, tensiones estéticas inéditas, políticas sedientas por renovar las imágenes míticas constructoras.

Sin embargo la Plaza del '45 guarda una resonancia particular, algo que tiene que ver con la justicia histórica con que en aquel año el país de los parias devino palabra política. Salvando las distancias, así como muchos teóricos dicen que el dolor de Auschwitz permite hoy otro sentimiento y comprensión frente a las nuevas inhumanidades, en su medida la Plaza de octubre fijó en la Argentina el sitio del pueblo, el sitio inexpugnable como memoria frente a cualquier poder. Es por aquel borroso 17 que la plaza sigue siendo el sitio ya familiar de la protesta. El perpetuo sueño de otra comunidad.





Aluvión
(fragmento)

“Comprende que es importante que te teman”
Leónidas Lamborghini, *Las patas en las fuentes*

POR JUAN SASTURAIN

Fíjese, profesor, en estos restos
del calcáreo peronista (circa 45-49).
Y las palitas arqueológicas hurgan / urgen los datos
bajo el sol que cae a plomo sobre /
El Yacimiento Plaza Mayo es muy rico, licenciado:
testimonios, ciclos, puntas de flechas / de fechas
de lanzas / de trenzas políticas.
Un calendario en clave de 17,
estelas de gritos, jirones del
Código de las Veinte Verdades.
Son depósitos de memoria colectiva, doctor,
restos que se corrompen, obstinadas
banderas que no se rinden y hasta –observe allí–
un Gran Sueño fósil, esa momia en buen estado.

Los sombreros de corcho, la rodilla en
el polvo histórico, la ciencia se inclina hacia /
Un sedimento de discurso, profesor,
como una lluvia fina depositada,
espolvoreada sobre todo: ahí, con el
ideograma de “compañeros” y las
mayúsculas tan marcadas. Observe
el fragmento de estribillo, el rumor,
las consonantes en el aire todavía.
Y la oreja científica se pega al suelo
como un indio a una tierra toda corazón.

Poner orden, licenciado: fechar / ubicar digo
la Ola primitiva (dijo)
el Corte (dijo)
el Aluvión
Eso: el aluvión. Y a partir de ahí /
No. A partir de allá, precisamente
–y señaló por encima de / a través de– *a pesar de*
el agua y los puentes, profesor.
La cosa se desliza así –hizo gesto de así–
hacia la ciudad / sobre / contra la ciudad y / e
irrumpe (ese verbo le conviene: latino y de romper) *profesor /*
irrumpe / rompe zoológicamente por ahí
–y el licenciado señaló la avenida–
aluviona, confluye (verbo de agua, doctor) *por allá,*
–y el profesor indicó diagonalmente–
desborda la Plaza, llena y se llena hasta
dar con el muro de la Casa que /
extrañamente, licenciado, no la rechaza /
no la desvía / no la absorbe / no la... No.
Extrañamente no, profesor.

Y la ciencia planta el teodolito / planta la duda
conjetura con la duda: *porque hubiera / no hubiera*
podido –digo, es un decir– haber habido /Pero no:
el Aluvión
se detiene
Acá.
Exactamente Acá se para para qué:
para comer / para beber / para acá y se alimenta.
Sedimenta también, profesor, fertiliza.
Tierra negra sobre una piedra blanca
–capas bajas sobre capas medias– formula el
licenciado y clava el palito milimétrico,
busca la dureza, la consistencia de clases
debidamente clasificadas. Pero no.
Pero tampoco.

Con zapatos, con borceguíes de trabajo /
de trabajo de campo / de campo científico /
con el taco hunden, levantan muestras, esquirlas de /
el Objeto de Estudio o sea el Sujeto de la Historia o
sea la tierra sujetada /el sujeto enterrado bah:
los pedazos de la historia pegados a
la tierra / los pedazos de tierra pegados a la
historia / los pedazos de gente pegados a /
colgados de la historia / bajo el peso de
la tierra / bajo el ojo de la lupa / de la
mirada porno-historiográfica:
La arcaica modernidad del fenómeno, licenciado.
Obsérvese: el fundido inmediato / el fundado natural
en un solo movimiento y sin mediar palabra /
palabra alguna: un gesto / un acto sin nombre.
Sin nombre pero nombrado por el Otro, profesor:
Fíjese estos restos amarillos de prensa
estos restos de prensa amarilla / de nación amarilla:
adjetivos (vea) diatribas (vea ahí) neologismos
neoinventados para el neo/
La palabra busca el aluvión, choca con/
crujen las piedras, los resortes del lenguaje/
embiste la palabra / enviste y desviste:
Descamisados dice / define el Otro.
Otros lo nombran pero Ella lo bautiza, doctor.

Y el sol cae a plomo sobre las camisas / los
camisados color caqui, la ciencia transpira,
fechas los restos de la Fiesta / los
náufragos tripulantes de la Historia
entran en el molde, en la letra de molde
de la mano / del puño / de puño y letra
escribe, subraya en su cuadernito:
La Cultura Descamisada (45 - 49)

La desnudez, licenciado: nótese / anótese.
O algo más y mejor: la presencia del cuerpo /
el uso y abuso del cuerpo / cuerpo presente.
Objetivo, intolerable, amontonado, clamoroso /
Oloroso, doctor, y sistemático:
todos los cuerpos, el cuerpo.
Cabeza
torso
extremidades
pormenoriza / segmenta el licenciado:
Fue de cabeza, profesor. El Aluvión fue de cabeza /
de cabecita exactamente.
La Historia se abre de piernas en la
Plaza y de cabeza / de cabecita /
en un parto y a los gritos
llena la cuna de la patria.
Y las metáforas, las mayúsculas y las
enfáticas palabras resonaron / cabildearon
sobre las ruinas, la pirámide solita
sin camellos, sin desierto, sin prestigio, sin
caballos atados, sin cabecitas descabezadas.

Hasta que la mano / el guante antropológico /
estira un dedo, rasca el polvo, se apoya sobre /
No todo es pecho, no todas cabecitas;
hay un pie que se conserva, profesor /
el vaciado de un pie, como en Pompeya:
la pata –así llamada, tradicional– en la fuente.

La Pata en el agua de la Fuente, pieza única.
Marca primordial: Primera Pata, el signo que /
Yo diría / dijo el profesor / que es la Fuente
el eje cultural / la clave / y más aún que /
El Aluvión mismísimo supone / implica / existe por /
La peregrinación a la Fuente:
el acto físico y el hecho mítico, licenciado.

Y sobre la arena de la excavación
volaron las hojas del tratado /
trataron de volar las hojas eruditas
explicando / clasificando qué fue
primero: la Pata o la Fuente.
No había nadie que mojara ni metiera
nada en ninguna parte hasta que /
La Fuente genera y convoca al Aluvión, doctor /
el Aluvión da sentido a la Fuente, licenciado /
(desde el pie: la historia crece desde la pata
va y viene a pata: tanto va la pata a la fuente que)
Y la dialéctica, la pregunta por el origen
rebota entre las piedras, los fragmentos de /
confía en la saliva / la paciencia de la ciencia /
ronda y escarba por descular el misterio

Discrepo, se cruza el licenciado: hay /
habría un sentido anterior,
un ideograma explícito del
calcáreo peronista –cacareó “calcáreo” y
señaló con brazo diestro / semiológico–
Ahí, junto a la Casa de Rosas / la Rosada /
llamada “del balcón”: obsérvese el
parche signado por un signo,
una marca / un escudo / un logotipo
dijo –diría– un publicista y,
semiagazapado, con la punta de
los dedos, el licenciado semiextrajo el
semicírculo marcado por la P
por la V
por la memoria de los golpes
–y los semipedazos de manguera fueron y
vinieron contra el parche, contra la memoria–
El equilibrio icónico, profesor,
semiexplicó el semiólogo:
la V
contenedora, femenina y madre,
el recipiente / nave o casa que
sostiene / contiene / retiene
la P
aireada /airada, masculina y padre.
Padre sí, pero plantada. Enterrada y
fija, fijése profesor: se reproduce
la Imagen Fundadora, dijeron a coro /
corroboraron en corro: descubrieron
La Pata en la Fuente, la cifra de
de la Cultura Descami–Cabecita.

Y el signo brilló y
habitó entre la Ciencia.